

con la comitiva de D. Pedro Girón, al que esperaba esta noche.

—Todos veníamos con el Maestre, señor—repuso uno de los nobles por él y por sus compañeros.

—¿Y acaso le habéis abandonado?

—No, señor; quedan aún algunos valientes caballeros guardando su cadáver.

—¡Su cadáver!—repitió el rey palideciendo.

—Sí, señor; anoche ha muerto, y veníamos a participarlo a V. A.

—¡Ha muerto!—repitió el rey consternado—. Pero, ¿dónde? ¿Cómo?

—En Villarrubia, al dirigirse desde Almagro a Madrid; algunos de nosotros creemos que ha sido a causa de un ataque al cerebro; pero entre los demás ha circulado la palabra veneno.

—Pero, ¿quién estaba interesado en dárselo?—preguntó el rey—. ¿Quién ha sido?

—Los enemigos de la paz, señor; los que fian a la guerra todos sus adelantos; los que no quieren sacrificar sus intereses al enaltecimiento de los Villenas.

El rey se dejó caer en su sitial, abrumado de aflicción, desalentado y sombrío.

—Idos—les dijo a los caballeros—; dejadme solo; mi hermana ha huído, pasándose al bando del infante; la reina, escapada también de los rehenes en que estaba, se ha unido a ella; solo estoy, y solo quiero morir.

XXI

Muchos días duraron la aflicción y el desaliento del rey; pero como la desesperación extrema necesita un pronto término, aunque sea el de la muerte, Enrique tuvo, aunque a la fuerza, que ocuparse de sus asuntos, cada vez más enmarañados y más sujetos a continuas decepciones.

Apenas pasaba un día sin que muchos partidarios del rey se marchasen al campo de su hermano; éste, gobernado por el arzobispo de Toledo, se portaba de tal modo con los suyos, era tan espléndido, tan humano, tan afable, que se conquistaba todas las voluntades.

Los partidarios del infante ocupaban las plazas más fuertes del reino, y Enrique, viéndose sin vasallos y sin ciudades, salió al fin de su marasmo y se decidió a la guerra, seguro de que ya no podía apelar a otro medio ni empeorar su deplorable situación.

El ejército del rey, al mando de D. Juan de Velasco, se dirigió a la villa de Olmedo, ocupada a la sazón por los confederados.

D. Alfonso acaudillaba sus tropas, y a su lado se veía al arzobispo de Toledo vestido de todas armas y aprestado al combate como el capitán más valeroso; el prelado envió un heraldo a Don Beltrán de la cueva, que, fiel a su palabra, se hallaba al lado del rey; este heraldo llevaba el encargo de decir al conde de Ledesma que, recordando su señor el arzobispo los antiguos lazos de amistad que les habían unido, le encargase que no se presentase en batalla, pues más de cuarenta caballeros de las huestes del infante habían jurado su muerte.

—Venid—dijo el favorito al mensajero—, entrad en mi tienda.

Obedeció el heraldo, y D. Beltrán añadió enseñándole su traje de guerra:

—Mirad despacio esa armadura, que es la que voy a vestir, y describidla bien a mis enemigos para que me conozcan y vengan a mí.

El mensaje y la respuesta hablan igualmente en favor del que le envió y del que la dió, y hacen la pintura del carácter caballeroso, así del arzobispo como de D. Beltrán.

Tuvo, por fin, lugar la famosa batalla de Olmedo, en la que se combatió con igual denuedo y el mismo encarnizamiento, poniendo término a la lucha la obscuridad de la noche.

Ninguno venció, pero todos se proclamaron vencedores.

Sin embargo, la sangrienta refriega, sin decidir

nada, sirvió únicamente para enconar más y más los ánimos.

Muchos meses pasaron en escaramuzas y batallas por los campos; los pueblos estaban infestados de malhechores, y nadie quería andar por los caminos.

Los confederados vinieron sobre Segovia, donde se hallaban la infanta Isabel, su madre y la reina, esposa de D. Enrique IV, que era la presa que codiciaban para hacer alguna fuerza a su débil esposo.

Ni Doña Isabel ni su madre tenían nada que temer de los confederados, pues a su cabeza iba el infante D. Alfonso; las dos se hallaban en la cámara de la reina viuda, y ya las luces del crepúsculo comenzaban a reemplazar las del día, cuando un repetido clamoreo en las calles, y un extraño batir de campanas y tambores, les anunciaron la entrada de D. Alfonso en la ciudad.

La reina y la infanta se levantaron gozosas y se asomaron al balcón.

En efecto, muchos caballeros entraban en la plaza a la luz de las antorchas que llevaban encendidas los soldados: en medio de aquella turba brillante y belicosa venía montado en un caballo blanco un niño cubierto con una armadura de oro y de acero, su casco estaba adornado de plumas blancas y numerosos soldados con hachones le rodeaban, bañándole de resplandor.

—¡Hijo mío! ¡Hermano!

Estos dos gritos partieron del pecho de las princesas y llegaron a los oídos del infante, que saltó del caballo y subió corriendo las escaleras del alcázar.

Su madre voló a recibir al principio de la escalera; pero Doña Isabel, que también salió de la cámara, se dirigió por un corredor a una suntuosa habitación cercana.

Allí se hallaba la reina de Castilla.

—¡Huid, señora, huid—gritó Isabel—, los confederados vienen y vos ya no estáis segura aquí!

—¡Oh, Dios! ¿Y adónde iré?—exclamó la desventurada reina—: ¿Adónde me refugiaré?

—¿No sabéis adónde ir?—preguntó compadecida la joven—: ¿No contáis con ningún asilo?

—¡Aquí no! ¡A nadie conozco!

—Quedaos, pues, en el alcázar y, aunque os tengan prisionera, estaréis considerada y atendida; mi madre y yo nos marcharemos a Arévalo, pues tales, según creo, son las intenciones de mi hermano.

La princesa salió corriendo para tomar su parte en las caricias de D. Alfonso, a tiempo que éste, con su madre, volvía ya a entrar en la cámara de honor.

Asemejábanse madre é hijo a la vieja encina y al olmo joven y robusto.

La reina Doña Isabel, delgada, pálida, marchita por la afición y la tristeza, fijas en su alma desde la muerte de su esposo, aniquilada por las penas

que la suerte de sus hijos le inspiraba, empezaba a encanecer, aunque era joven y bella todavía; además, en la mirada de la reina viuda, había cierta especie de extravío, pues a pesar de su sana razón y juicio recto, padecía alucinaciones dolorosas; su nieta, Doña Juana, llamada *La Loca*, e hija de la infanta Isabel, fué el verdadero retrato de su abuela, y de ella heredó, con las facciones graves y velladas y la alta y majestuosa figura, la debilidad de cerebro que la condujo a la demencia, a través de grandes penas.

Su hijo, el infante, era un modelo de belleza cándida y risueña; catorce años y medio contaba el príncipe, y era ya más alto que su madre; tenía los ojos negros de su padre D. Juan II, y la cabellera con reflejos dorados de su hermana Isabel; sus labios gruesos, decían que su corazón era todo bondad y mansedumbre; su risa, grata y sonora, alejaba del alma la desconfianza y la tristeza; afectuoso y sensible, era también valiente y arrogante en el peligro; en fin, este príncipe estaba dotado de tan brillantes prendas y de tan noble carácter, que despertó muy fundadas esperanzas en unos y serios temores en otros.

Los dos años que habían pasado, desde que el infante se hallaba en medio de los confederados, habían formado el carácter de este niño, o mejor dicho, le habían formado, pues preciso es confesar que a su lado se hallaban los hombres más eminentes del reino, ya como guerreros, ya

como sabios, ya como diplomáticos, y ya, en fin, como altos dignatarios de la Iglesia, que eran, a la vez, esforzados defensores de la patria, y ardientes oradores al pie del altar, que se levantaba bajo los árboles de la pradera, iluminada por el sol.

—Hijo mío—dijo a D. Alfonso la reina viuda—¿vas a quedarte aquí con nosotras? ¿Vas a descansar algunos días? Aquí está también Isabel, que, huyendo de las violencias de Enrique, ha venido a refugiarse a mi lado. ¡Oh, Alfonso, si os tuviera a los dos, qué dichosa sería en mi soledad!

—Madre mía—repuso el príncipe—Dios me ha señalado como triste destino, en vez de los juegos de la infancia, los azares de la guerra; yo no puedo descansar; debo volver a esa lucha fratricida, que ¡sábelo el cielo! me pesa y me agobia; pero, ¿qué he de hacer? Estoy a la cabeza de un partido, y a mí fían los servidores de mi padre sus honras, sus fortunas y sus vidas; el reino es un cadáver agonizante, al que es preciso sustentar y sostener. Segovia es mía; pero es necesario que vos y mi hermana la dejéis, y os volváis a vuestro retiro de Arévalo; este alcázar ha de quedar como prisión de la reina Doña Juana.

—¡Qué! ¿Sabías que estaba aquí?

—Sí, madre mía.

—¿De modo que nosotras debemos partir?

—Esta misma noche: id a hacer vuestros preparativos, y una escolta de mis valerosos caballeros

os conducirá hasta Arévalo; yo voy a llamar al Arzobispo de Toledo, y a dar, de acuerdo con él, las órdenes para el alojamiento en la ciudad de los fieles servidores que me acompañan.

Doña Isabel, perspicaz como siempre, no se había engañado acerca de los planes de su hermano.

La infeliz Doña Juana quedó presa de nuevo en el alcázar de Segovia.

Lijera fué la conducta de esta princesa; pero su vida fué también una no interrumpida cadena de desgracias.

Doña Juana jamás pudo contar con ningún afecto grande, profundo y verdadero.

Las faltas, en la vida de la mujer, traen consigo perennes y amargos remordimientos, que pueden ser, hasta cierto punto, endulzados con el amor y la gratitud del cómplice de ellas.

La desventurada reina de Castilla no tenía ni aun esta vaga compensación.

Don Beltrán no la amaba ya, puesto que no volaba a su socorro ni se apresuraba a sacarla del bando enemigo, que la tenía cautiva.

Su marido no se acordaba de ella.

Su hija, a la que había abandonado al huir de su prisión, convencida de que su inocencia inspiraría piedad a sus guardianes, había sido llevada a Buítrago, y allí se hallaba bajo la custodia del conde

de Tendilla, que había hecho de ella su presa, viendo que el rey Enrique ni siquiera pensaba en la desgraciada niña.

En fin, la reina de Castilla estaba completamente aislada y olvidada de todos en el alcázar de Segovia, después de haber salido de él Doña Isabel y su madre.

Las dos princesas hasta rehusaron despedirse de ella.

—¿A qué hemos de aumentar su desesperación, dándole la noticia de nuestra partida y de la privación de su libertad?— dijo la reina viuda—; déjemosla, y quiera el cielo, hija mía, que la soledad y la oración hagan entrar en su alma un arrepentimiento verdadero de sus pasadas culpas.

Fuerza será dejar correr algunos meses, en los cuales los partidos de los dos reyes se hacían la guerra más encarnizada.

Otro partido levantó banderas por Doña Juana, y el Arzobispo de Sevilla, jefe de este tercer partido, indignado de la indiferencia con que era mirada la suerte de la reina, no sólo por el rey, sino también por el hombre ambicioso que la había perdido, acudió a la cabeza de sus más fieles parciales al alcázar de Segovia, y la sacó de él, trasladándola al castillo de Alarcón.

Noche de luto y de horrores fué aquella en que se conquistó la libertad de la reina; sus guardadores se resistieron fieramente, y antes que sus contrarios lograsen suspender las escalas de las ven-

tanás, les ocasionaron innumerables muertos, que guarnecieron el foso del alcázar; empeñada la lucha cuerpo a cuerpo, y a la luz de las teas de resina que la alumbraban, veíanse rodar las cabezas ensangrentadas, a los desesperados golpes de las hachas de los soldados, que mezclaban los gritos de victoria a los clamores de los moribundos.

Vencieron al fin los sitiadores, y Doña Juana, sana y salva, se vió a la cabeza de un partido arrojado y numeroso.

Nunca como entonces había estado tan bella la real cautiva.

El terror se pintaba en sus grandes ojos negros, y vestía su cara, sentimental y dulce, de una blanca palidez; sin joyas, sin ricas telas, sin corona, Doña Juana parecía tan modestamente ataviada, más hermosa que cuando se sentaba en su trono al lado de su esposo.

—¡Bendito seáis mil veces! exclamó besando la mano del Arzobispo de Sevilla. ¡Bendito seáis! Jamás olvidaré que habéis sido la única persona en el mundo que se ha interesado en mi abandono, en mi cautividad. Llevadme a donde queráis, que os seguiré de buen grado.

Doña Juana fué conducida, pues, como ya queda dicho, al castillo de Alarcón, y el Arzobispo dejó para su custodia a su sobrino D. Pedro.

Joven, hermosa, desgraciada y dotada de un carácter más propenso a la blandura que a la dignidad, algunos historiadores han acausado a la reina

Doña Juana de haber contraído nuevas relaciones amorosas con su guardador, uno de los caballeros más jóvenes y más interesantes de Castilla. Pero, ¿qué tendría ésto de extraño, cuando aquella desgraciada princesa era la arista que llevaba el viento de la más varia y adversa fortuna?

La soledad, el ocio, la ocasión, y sobre todo la absoluta falta de firmeza, de que su alma adolecía, dejan comprender la posibilidad de su extravío, y tanto más, cuanto que ya no era el primor de que tenía que acusarse.

En el camino del mal, el primer paso es el que más cuesta; dado éste, la pendiente se hace más suave.

Dejemos cambiar a la pobre reina prisión por prisión, y sigamos al infante D. Alfonso en los últimos días de su breve, pero brillante existencia.

XXIII

Asomaba ya el ocaso de aquel astro que tan corta vida contaba; la flor lozana, en la que los desgraciados pueblos tenían fijos los ojos, iba a agostarse y a sumergirse en la fría losa del sepulcro.

Hallábase el infante en Cardeñosa, cerca de Avila, preparándose con sus parciales para poner sitio a Toledo.

Eran las dos de un sereno día, y el príncipe, que no había comido, pidió algún refrigerio, a pesar de que tenía muy poco apetito, a causa del calor excesivo de Julio.

Dos criados le presentaron al instante una mesa servida con frutas y conservas.

—No, no es eso lo que deseo—dijo el infante—; traedme algo más sólido; un pedazo de venado... algún pescado; parece que tengo apetito.

Los servidores salieron, y uno de ellos volvió poco después trayendo en un plato una hermosa trucha, recién aderezada.

—¡Qué me place!—dijo D. Alfonso frotándose

las manos—. Señores, si alguno de vosotros se siente con apetito, venga a participar de este plato.

Dos caballeros se acercaron; el uno era el marqués de Santillana, el otro D. Diego de Mendoza.

El infante se sirvió, y después le imitaron los dos comensales, por hacerle compañía.

No bien D. Alfonso hubo empezado a comer la trucha, palideció y llevó una mano al pecho, dejando escapar un ¡ay! agudo.

El marqués de Santillana quiso acudir a él; pero sintió turbársele la vista y se tuvo que apoyar en el brazo de su asiento.

El nuevo rey bebió en la copa de oro que le presentó un paje; disipóse su palidez, y dijo alegremente:

—¡Eh! Esto es que mi estómago debilitado rehusa el alimento... Comeré más.

Acabó el pescado que tenía en el plato, y tornó a quedarse mucho más pálido que la primera vez; dirigióse entonces a D. Diego de Mendoza y le vió lívido también y convulso.

—¡Dios mío! ¿Qué tenéis?—exclamó.

—¿Y vos, señor?—repuso D. Diego—. ¡Parecéis un cadáver! ¿Qué sentís? ¡Señores, llamad al médico de S. A.! ¡D. Alfonso está gravemente enfermo!

Algunos de los presentes salieron, en efecto, a buscar a un médico; y entre tanto, el príncipe y los dos nobles, que habían comido del pescado, se desplomaron sin conocimiento.

No obstante, la congoja de D. Alfonso era mucho más profunda que la de sus dos servidores; la trucha de que habían comido estaba emponzoñada; pero a la tierna edad del príncipe y su naturaleza, aunque sana, delicada, no le dejaron oponer al veneno la resistencia necesaria.

Cuando llegó el doctor, que lo era también del arzobispo de Toledo, el príncipe se hallaba tendido en su lecho, sin movimiento, sin color y casi sin vida.

Habíasele acostado, y su cabellera rubia se extendía sobre las almohadas como una madeja rizada y sedosa; sus grandes ojos, cerrados, parecían estar ya sellados por la muerte.

Una palidez cadavérica vestía sus facciones; alrededor del lecho, todos sus files servidores se hallaban cabizbajos y consternados.

Acercóse el médico, se inclinó hacia el adolescente, y meció la cabeza con desaliento.

—Oídme—murmuró en voz baja el arzobispo de Toledo—; si le salváis, dispondréis de un tesoro; yo le amo a la vez como a un hijo, y como a mi rey; sed todo lo exigente que se os antoje; ¡pero no le abandonéis a la muerte!

—¡Ah!—exclamó el médico—. Si tanto os interesa este príncipe infeliz, ¿por qué no separáis de su lado a los envenenadores?

—¡Cómo!... ¿Qué decís? ¿S. A. está envenenado?

—La ponzoña se hallaba mezclada al alimento que acaba de tomar; y el efecto del tósigo es de

tal suerte rápido, que dentro de una hora habrá su alteza dejado de existir.

El arzobispo de Toledo se cubrió el rostro con las manos.

Entre tanto, del pecho de D. Alfonso empezó a salir un quejido angustioso y triste.

Era la agonía.

El arzobispo se acercó al lecho y se inclinó sobre él como un padre tierno y afligido.

—¡Oídme en confesión!—dijo D. Alfonso—. ¡Voy a morir!

—¿Quién sabe, hijo mío?—exclamó el prelado, que lloraba—. Dios sólo tiene en su mano el hilo de nuestras vidas.

—¡Es que Dios me llama!—murmuró el infante—. ¡Dios me quiere para sí!... ¡Yo adoro su santa voluntad y me someto a ella!

El arzobispo hizo una señal, y todos los nobles dejaron libre la estancia, retirándose al lado de la puerta.

La confesión duró breves minutos; al acabarla, dijo el infante:

—He oído hablar de veneno... Si es cierto que me le han dado, no quiero morir sin perdonar a mis asesinos.

—¡Vuestros pueblos no los perdonarán, ni tampoco vuestra madre ni vuestra hermana!—repuso sordamente el arzobispo.

—Los pueblos son olvidadizos—dijo el infante—, mi madre y mi hermana son cristianas, yo

voy al reino de la gloria eterna. ¿Qué vale el reino que dejo aquí comparado con aquél? ¡No me venguéis! ¡No más sangre por mi causa! ¡Que sólo queden detrás de mí la paz y el perdón!

El augusto niño no pudo ya articular una palabra más: recibió los Sacramentos, y luego el arzobispo se arrodilló a la cabecera de su lecho y empezó a prodigarle los dulces consuelos del cariñoso padre y del fervoroso sacerdote.

Caía ya la luz del día, reemplazada por las primeras sombras de la noche, cuando el infante Don Alfonso abrió los ojos, tendió en torno suyo una mirada vaga, los alzó al cielo y expiró pronunciando el dulce nombre de *madre*.

Con él se hundió en las sombras de la muerte la risueña esperanza de una monarquía próspera y feliz, que los castellanos iban conquistando palmo a palmo.

Todos aquellos caballeros, anonadados con la muerte repentina de su príncipe querido, pasaron la noche en la estancia mortuoria.

El lecho de D. Alfonso se rodeó de blandones, y sus caudillos le velaron inmóviles y llevando en sus belicosos semblantes las señales de un agudo dolor.

El arzobispo de Toledo permaneció orando toda la noche al lado del príncipe.

Las luces del alba hicieron al fin palidecer las que rodeaban al cadáver; entonces uno de los caballeros envenenados también, pero a quien, como

a su compañero, había llegado a tiempo un antídoto preparado por el médico, dijo:

—Señores y hermanos de armas, hay que tomar un partido. ¿Pensáis acaso en el de volver al lado del rey Enrique? Aquí estamos solos, sin jefe, bandera ni caudillo. ¿Pensáis en volver a la obediencia de D. Beltrán de la Cueva, que es el verdadero rey?

—¡Jamás!—gritaron todos los presentes.

Levantóse entonces el arzobispo y exclamó con voz tonante:

—¡Aún nos queda Isabel! ¡Antes ella que la Beltraneja o su padre, el ambicioso favorito! Antes, si ella faltase, volveríamos a colocar en el trono de Castilla a la viuda de D. Juan II. Por suerte su hija vive y es digna del trono. ¡Castilla por Isabel I!—añadió el arzobispo alzando la mano sobre el cadáver del infante.

—¡Castilla por Isabel I!—repitieron todos los presentes.

Y ante el cadáver del infante D. Alfonso su hermana Isabel quedó reconocida de hecho como reina de Castilla.

XXIV

Algunas ciudades y señores volvieron a la obediencia de Enrique IV, a pesar de dibujarse en lontananza la juvenil y radiosa figura de Isabel; pero, en su mayor parte, permanecieron fieles a las nuevas ideas de la deseada monarquía.

Al día siguiente del enterramiento de D. Alfonso, una comisión de los Grandes, a cuyo frente se hallaba el arzobispo de Toledo, fué a Segovia, en cuya ciudad eran esperadas la reina viuda y su hija Isabel, que iban en busca del Infante, enfermo en Cardenosa, según las noticias que habían llegado hasta ellas.

Desocupado el alcázar desde largo tiempo antes, a consecuencia de la huída de la reina Doña Juana, se apearon y allí hallaron a los confederados, que salieron a su encuentro.

La viuda de D. Juan II palideció al ver reunidos a los principales adictos a su hijo. Isabel, más perspícaz todavía, exclamó derramando abundantes lágrimas:

—¡Mi hermano ha muerto!

Un tético silencio siguió a estas palabras, y advirtió a la reina viuda que ya no tenía hijo.

El dolor robó la palabra a la infeliz madre, que cayó sin sentido en los brazos de sus damas.

—Señora—dijo el arzobispo dirigiéndose a Isabel—, el infante ha muerto, es verdad, y nosotros, que sospechamos que una mano aleve ha puesto fin a sus días, nada queremos del bando asesino y os elegimos para nuestra soberana: aquí permaneceremos todos a vuestro lado y aquí seréis proclamada reina de Castilla.

Doña Isabel guardó silencio por algunos instantes; ¡había amado tan tiernamente a su hermano, niño, y adherido a ella desde que nació, con una afección tan dulce!

Su pecho se desgarraba con amargos sollozos; mas, por un esfuerzo de su heroica voluntad, pudo al fin dominar algún tanto su pena, y respondió con dignidad y mesura:

—Señores, imposible me es ahora contestar como debo a vuestro lealtad y adhesión; desde luego os puedo asegurar que no acepto la corona que ciñe mi hermano mayor, y hago esta aclaración para que, ni por un momento, podáis creer que la ambición puede seducirme hasta hacerme traidora y rebelde a mi rey y señor; pero deseo hablaros acerca de otros particulares, y me propongo hacerlo mañana con más sosiego que en la ocasión presente, porque habré tranquilizado y fortalecido mi ánimo con la oración y con el am-

paro de Dios y de su santa Madre; ¡ahora permitidme que vaya a llorar con la mía la irreparable pérdida que nos affije!

Los nobles se retiraron, y los historiadores dicen, y no sin razón, que a la infanta la obligó a expresarse de este modo, no sólo el conocimiento de su deber, sino el de sus intereses.

En efecto, aquella negativa, aquel tributo rendido a la razón y a la justicia, elevaron a Isabel a mucha altura en la estimación de los castellanos y su primera prueba de fortaleza fué calificada de heroísmo.

Al día siguiente, la infanta volvió a recibir a los nobles comisionados para ofrecerle la corona, y les dijo:

—Repito lo que ya os he manifestado: rehusó la corona, que es de mi hermano, y quizá Dios, al llevarse a D. Alfonso, ha querido dar a entender que no aprueba la conducta de los rebeldes, y que todos los pueblos deben volver a la obediencia de su legítimo y natural monarca; tratad, señores, de reconciliaros con el rey, cuyo carácter benigno puede dejaros esperanzas; en tanto que él viva, él es el único señor de sus reinos.

—Señora—observó el arzobispo de Toledo—, vuestra magnanimidad hace mayor nuestro deseo de que reinéis en Castilla; ¿por qué rehusáis la corona que tan espontáneamente y con tan buena voluntad os ofrecemos? Cansados estamos de ese rey inconstante y cruel, y cualquier otro dominio nos será más grato que el suyo.

—Mi hermano Enrique es vuestro rey y señor— respondió Isabel.

—Pues bien, a lo menos, queremos nos déis la esperanza de que vos nos gobernareis un día— exclamó el arzobispo—; si nos hemos de someter al rey, habrá de consentir en reconoceros como princesa de Asturias.

—Si el rey quiere hacerme esa merced— respondió la princesa, en cuyos ojos brilló un destello de ambición—, le estaré siempre agradecida; sin embargo, yo no se lo he de rogar, pues no debo menoscabar de ese modo mi dignidad.

—Se lo propondremos nosotros, y de fijo accederá a ello.

—Sea en hora buena; no quiero que digáis que me niego a todo, y que soy indiferente a la suerte de los pueblos que mi padre gobernó; vosotros podéis arreglar este asunto, y llevarle a cabo si os agrada.

Isabel obró ya en esta ocasión con el profundo tacto que se le reconoció toda su vida, y supo no exigir su elevación, sino hacer nacer el deseo de ella en los Grandes dispersados, que la aprobaron tácitamente cuando se la propusieron.

Los confederados se dirigieron, pues, en busca del rey de Castilla, quien se opuso desde luego a desheredar a su hija; pero los nobles se retiraron y dejaron la terminación de este asunto a los clamores y exigencias de los pueblos, que, cansados ya de guerra, pedían la paz con anhelo.

XXV

Pocos días después, el rey llamó a los aliados, y les ordenó exponer de nuevo sus condiciones de aveniencia.

Estas condiciones eran las siguientes:

Que el rey reconociera y haría jurar a la infanta, su hermana, como princesa de Asturias y heredera de los reinos de Castilla y León.

Que Enrique IV concedería olvido general a todo lo pasado.

Que la reina, cuya vida licenciosa era reconocida como un hecho notorio, volvería a Portugal al lado de su hermano, quedando divorciada de su marido.

Que se convocarían cortes, en el término de cuarenta días, para sancionar legalmente el derecho de la nueva princesa, y para atajar los diversos abusos del gobierno.

Finalmente, que no se obligaría a Isabel a casarse contra su voluntad ni ella lo haría sin el consentimiento de su hermano.

Durante el tiempo que se tardó en arreglar estas

capitulaciones, Isabel se retiró a un monasterio de Ávila, donde permaneció dos meses, pues las contestaciones se sucedieron con alguna lentitud, costando trabajo al rey acceder a la violencia que se le imponía.

Al fin fueron a someter a la infanta las capitulaciones, que aprobó, y el Arzobispo de Toledo convino con ella en que iría a la venta llamada de los Toros de Guisando, en la provincia de Ávila, el 19 de setiembre de 1468, donde acudiría el legado pontificio para absolver a todos de los juramentos que pudieran haber hecho.

Halláronse allí, en efecto, los dos hermanos: a cada uno de ellos acompañaba un lucido séquito de caballeros y ricos hombres, y además los caudillos y capitanes de sus respectivos ejércitos.

El patio de la venta se había colgado y decorado con tapices para la ceremonia: ramos de flores, sitiales de alto respaldo, y escaños, adornaban el vasto recinto, lleno de nobles y caballeros, que rodeaban al rey Enrique, primero que llegó a la cita.

Bajo un dosel de brocado de oro, se habían colocado dos sillones; el uno lo ocupaba el rey; el otro estaba destinado a su hermana.

Poco rato hacía que la asamblea se hallaba reunida, cuando el sonido de los clarines y trompetas y los gritos de ¡viva Doña Isabel! anunciaron que la infanta se acercaba.

Venía Doña Isabel a caballo, por ser esta la ma-

nera de viajar que más le agradaba: montaba uno blanco, con gualdrapas de terciopelo carmesí bordado de oro; el traje de la princesa era asimismo blanco y el manto carmesí estaba forrado de armiños: una corona de oro, formando almenas, sostenía su velo blanco, y su cabellera rubia caía en espesas trenzas adornando el pecho, castamente cubierto con la blanca seda de su traje.

Veíase bajo la falda su pequeño pié, calzado con un borceguí de brocado de plata, y apoyado en el costado de su silla, cubierta de paño de oro.

Isabel estaba de tal modo ataviada, verdaderamente hermosa: la emoción coloreaba su rostro puro y virginal, de un rosado rubor; sus ojos azules brillaban con un resplandor, en cuyo fondo rebosaban la gratitud y la sensibilidad.

Iba seguida de sus damas, a caballo como ella, y entre las que se veía a Doña Beatriz de Bobadilla.

Al lado de la infanta, y rodeado de la flor de la nobleza leonesa y castellana, cabalgaba el Arzobispo de Toledo, vestido de su traje episcopal, y dejando ondear, bajo su sombrero redondo, amplias tocas de lino, que cercaban su semblante severo y adusto a la par que respetable,

En el fondo del improvisado salón había un altar, y al lado de este se hallaba, de pié, el legado del Papa; sobre el altar, severamente decorado, se alzaba un crucifijo; y a los piés se veía el libro de los Evangelios, cerrado y colocado sobre el misal.

Adelantóse el rey, para recibir a su hermana, a la puerta de entrada; y, apoyándose ligeramente para bajar del caballo en el hombro de uno de sus caballeros, Isabel saltó al suelo y se dirigió a su hermano con modesto paso y aire conmovido.

Enrique IV asió la pequeña mano de su hermana, abrazó a ésta, y la besó en la frente con muestras de afectuoso cariño.

Acto continuo, los caballeros de la comitiva de Isabel se fueron arrodillando ante el altar, y el legado les absolvió *de todos los juramentos que hubieran podido hacer*.

En seguida, el primado leyó la fórmula, por la que se juraba a Isabel heredera de los reinos de Castilla y León y princesa de Asturias; y jurada por todos, fueron éstos pasando por delante de ella y besándole la mano en señal de homenaje.

Don Beltrán de la Cueva fué uno de los que prestaron el juramento, y, al besar la mano, elevó hacia la princesa una mirada de melancólica felicidad.

Terminada la ceremonia, el rey y la princesa se retiraron a pasar la noche al vecino pueblo de Cadalso, donde les tenían dispuestas habitaciones.

XXVI

Profundo sosiego sucedió a ésta ceremonia, que elevaba a Isabel a las primeras gradas del solio.

El genio de la guerra, cansado de esgrimir su terrible antorcha, parecía descansar.

Se esperaba la convocación de las Cortes para la ratificación de los tratados.

La reina, arrojada de su palacio y del lado de su esposo, prisionera, aunque con doradas cadenas, de algunos señores de la nobleza, y sujeta por los Mendozas, los Velascos y los Fonseca, únicas casas principales que sostenían sus derechos, supo con tanto enojo como dolor las bases del tratado de los Toros de Guisando, entre las que se contaba la expulsión y divorcio a que se le había condenado por su vida licenciosa: la desgraciada princesa, herida como esposa, con tan vergonzosa determinación; herida como madre, al ver destituida a su hija, y puesta en posesión de sus derechos a la hermana de su esposo, se quejó amargamente, protestó ante el Nuncio con toda solemnidad contra lo convenido, y, temerosa de una prisión perpétua

si se revelaba, se evadió del castillo de Alarcón, con el auxilio de D. Luis Hurtado de Mendoza.

El rey marchó a Ocaña, con su hermana, para asistir a la convocatoria de las Cortes; y no bien llegaron, llegaron también varios embajadores a pedir la mano de la princesa de Asturias.

Había entre ellos enviados del Duque de Gloucester, hermano de Eduardo IV, rey de Inglaterra; del Duque de Guéna, hermano de Luis XI, rey de Francia, y del infante D. Fernando de Aragón, primo de Isabel, y con quien ésta, desde su edad más tierna, estaba decidida a casarse, por los consejos de su madre y de sus más fieles partidarios.

Fernando de Aragón era además el que sobresalía entre todos los pretendientes a la mano de Isabel, como el lirio, entre todos los arbustos del valle; se hallaba en la flor de la juventud, pues acababa de cumplir diez y ocho años, esto es, uno menos que la princesa: su tez era blanca, aunque algo tostada por el sol; sus ojos alegres y expresivos; su frente ancha; su construcción robusta, y su talla, aunque no muy alta, bien proporcionada: era leal, caballeresco; era al mismo tiempo quien mejor cabalgaba en su corte, y quien se distinguía en todos los ejercicios marciales.

Como su madre, la ambiciosa y desgraciada Doña Juana Enríquez, tenía la voz algo delgada; pero poseía también como ella una afluencia natural y encantadora, y trataba todos los negocios, a la vez que con firmeza, con delicada cortesía.

Era sobrio por demás en las comidas, a pesar de su robusta salud, y estaba dotado de tanta actividad, que descansaba de unos negocios ocupándose de otros.

Isabel se negó rotundamente a toda clase de negociaciones con los enviados de las cortes de Inglaterra y Francia, y declaró al rey, su hermano, que su intención firme e irrevocable era casarse con el infante D. Fernando.

Entre tanto el rey de Aragón, ocupado aún en la guerra con los catalanes, dejó a su hijo la solución del asunto de su matrimonio, encomendándolo también a su consejo, después de hacer jurar a Fernando rey de Sicilia, como presente de boda.

Isabel halló medio de conferenciar largamente con el arzobispo de Toledo y con el almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez, abuelo materno de Fernando, y ambos caballeros la apoyaron en su empeño de contraer matrimonio con su primo.

Pero ¿quién podrá pintar el furor de Enrique al oír de boca de su hermana que sólo sería la esposa de Fernando de Aragón, y que se negaba a todo otro enlace?

—Estáis loca—le dijo—; y puesto que tengo que salir para Andalucía, voy a llevaros a Madrid y a dejaros presa en su alcázar, para ver si entráis de nuevo en vuestro juicio.

El fuego de la cólera subió a la frente de Isabel.

—Vos podéis privarme de libertad—le contestó—, si es que esta noble ciudad de Ocaña os deja

sacarme de sus muros cuando sepa vuestras siniestras intenciones hacia mí; pero yo no espero que me abandone a vuestras iras.

—¿Y quién le ha de revelar mis intenciones?

—Yo, señor; yo diré que queréis violentar mi corazón y mis derechos; que queréis casarme contra mi gusto y el de mi madre; que queréis privarme de la libertad; y, no lo dudéis, Ocaña alzará pendones por mí.

El rey salió de la cámara de su hermana: mas al pasar por una galería cuyas ventanas daban a la plaza de palacio, oyó sordos y concentrados murmullos.

Numerosos grupos rodeaban la morada real, con ademán hostil y amenazador.

—No hay remedio—exclamó el rey—; la ciudad está por ella, y me la arrebataría de las manos si la sacase de aquí...

XXVII

Pocos días después el rey partió para Andalucía con su ministro Villena, haciendo antes jurar a Isabel que no tomaría determinación alguna tocante a su casamiento mientras durase su ausencia; pero Isabel, indignada por el opresivo tratamiento a que la habían sujetado y por la infracción de casi todos los artículos del tratado de los Toros de Guisando, determinó concluir las negociaciones relativas a su casamiento con el infante D. Fernando, y, trasladándose a Madrigal, envió a la corte de Aragón a D. Gutierre de Cárdenas y al cronista Alfonso de Palacio, a fin de notificar a aquél su decisión y su próxima marcha a Valladolid, acompañada de sus parciales.

D. Fernando consultó a su Consejo, y, de acuerdo con él, resolvió partir para Castilla con seis caballeros disfrazados de mercaderes, y así lo puso por obra sin dilación alguna.

Caminando de día y de noche a favor de su disfraz, D. Fernando y los suyos pudieron evitar el caer en manos de los numerosos destacamentos

que el marqués de Villena, enemigo acérrimo del infante, tenía apostados en la frontera.

El día 9 de Octubre entraron en Dueñas, y desde allí uno de los caballeros partió para Valladolid, con el objeto de anunciar a Isabel la llegada de su futuro esposo.

Isabel sintió con la noticia una alegría indecible: su primer movimiento fué el de dar gracias á Dios, que la llevaba al fin al puerto de paz del matrimonio después de tantas penas y persecuciones.

En seguida escribió tres cartas, cuyo contenido era el siguiente:

«A mi muy venerada madre y señora:

»Ya ha llegado a Castilla D. Fernando, querida madre mía; los peligros que ha corrido han sido muchos, pero sano y salvo está aquí, y yo he salido de inquietudes.

»Preparáos para venir a consagrar mis bodas con vuestra bendición: hoy escribo también al príncipe, al que nunca ví, y dentro de tres días, en presencia del arzobispo, nos hallaremos el uno delante del otro para leer mutuamente en nuestros ojos la fe eterna que nos vamos a prometer ante el altar.

»Así que podáis venid, madre mía; os espera el corazón de vuestra amante y respetuosa hija,

ISABEL.»

«A S. A. el rey de Sicilia, y serenísimo infante de Aragón, mi muy amado primo:

»Os espero, señor, para que lo seáis de mi voluntad y para daros mi fe al pie de los altares: venid sin dilación, pues así lo desean mis fieles servidores, que anhelan serlo vuestros, y así lo quiere también vuestra prima,

ISABEL.»

«Al rey de Castilla, mi muy amado hermano:

»Señor: el infante de Aragón, D. Fernando, se halla en vuestros dominios; escusad la conducta que he seguido, ella ha sido dictada por la malicia de mis enemigos y por las asechanzas de que me he visto rodeada; no necesito encareceros las ventajas políticas de mi enlace con nuestro primo, pues las conocéis tan bien o mejor que yo; por lo tanto, os pido vuestra aprobación para este casamiento y os ruego que le bendigáis y le sancionéis con vuestra real y venerada presencia.

»Es vuestra más humilde y respetuosa súbdita, que besa vuestras reales manos,

ISABEL.»

El 15 de Octubre el infante llegó a Valladolid acompañado de sus fieles caballeros y del arzobispo de Toledo, que salió a su encuentro, y fué, sin perder momento, recibido por la princesa.

A su respectiva vista ambos quedaron suspensos y atónitos.

Doña Isabel era más bella que el retrato suyo que había visto D. Fernando.

Este sobrepujaba, con mucho, a la imagen que de él poseía Isabel.

Ésta tenía diez y nueve años, y su futuro esposo uno menos.

La talla de la princesa era más alta para mujer que la del rey de Sicilia para hombre.

Doña Isabel era, según dice una crónica de su tiempo, *la más hermosa señora que se haya visto jamás y la más graciosa en sus modales.*

En aquella primera entrevista de los dos príncipes formalizóse la promesa de matrimonio, y presentada por el arzobispo de Toledo una bula que se decía expedida por Pío II, y que dispensaba el parentesco de los contrayentes, ratificáronse los capítulos matrimoniales, cuyas principales disposiciones eran las siguientes:

Que ambos consortes tratarían con todo acatamiento y veneración al rey Enrique.

Que D. Fernando fijaría su residencia en Castilla y no se ausentaría sin el consentimiento de su esposa.

Que no enajenaría parte alguna de los bienes pertenecientes a la corona, ni elegiría a ningún extranjero para los oficios municipales.

Que el infante no haría nombramientos civiles o militares sin la aprobación de Isabel, dejando a

ésta exclusivamente la facultad de nombrar para los beneficios eclesiásticos.

Que las órdenes sobre negocios políticos se firmarían por ambos, y que D. Fernando continuaría la guerra contra los moros, dejaría a la nobleza en la posesión de sus dignidades y no reclamaría la posesión de los bienes que su padre tenía anteriormente en Castilla.

Ya arreglados los contratos, el infante se volvió a Dueñas, y pasados cuatro días, que empleó aquél en buscar prestado dinero para sus bodas, se celebraron éstas en el regio alcázar de Valladolid.

El oratorio del palacio estaba tapizado de seda blanca, con sembrado de castillos y leones; el altar cubierto de flores; los incensarios enviaban a las bóvedas de la iglesia nubes del sagrado aroma; los sacerdotes entonaban sus cánticos de fiesta y de alabanza; el templo y las galerías contiguas se hallaban llenas de nobles y pecheros, confundidos con una misma alegría, pues aquel enlace era deseado con ardor por toda Castilla, y los regios desposados habían mandado franquear las puertas a toda clase de personas.

Ante el altar se hallaban arrodillados la princesa y el infante, y detrás de ellos la reina viuda, madre de Isabel, y el almirante de Castilla, abuelo de Fernando.

El arzobispo de Toledo unió sus manos y les dió la bendición nupcial.

Al levantarse, ya unidos para siempre, las bó-